

DE LA GUERRA FRIA A LA PAZ INCOMODA

Insistentemente se ha querido caracterizar el período posbélico, que arranca de 1945 y llega hasta nuestros días, aseverando que esa década de experiencia puede rotularse como la correspondiente a la denominada “guerra fría”. Pero los que así diagnostican conocen explicablemente la perplejidad, cuando se les demanda una definición o una versión específica de lo que ellos entienden por “guerra fría”. Duda y vacilación de la cual es muestra evidente la circunstancia siguiente: de la “guerra fría” se nos han dado múltiples versiones; y esta reiteración registrada, sin que ninguna de tales definiciones haya logrado primacía respecto de las otras o pueda satisfacernos de modo pleno, parece poner de manifiesto que nos encontramos ante una experiencia posbélica, respecto de la cual caben toda suerte de caracterizaciones, precisamente porque ninguna de las ofrecidas logra merecer nuestro incondicional asentimiento.

Prueba de la reiteración apuntada, nos la ofrece la última definición, que, en el orden del tiempo, pero ni mejor ni peor que las precedentes, nos ha sido brindada por el Presidente Eisenhower, en una de sus hebdomarias conferencias de prensa. El Presidente norteamericano, antes de ofrendarnos lo que pudiera ser su exégesis de la “guerra fría”, cuidó de advertir que tal fenómeno posbélico había sido objeto de reciente alteración en sus presupuestos. Acaso el huésped de la Casa Blanca, al producirse en tal sentido, tenía en su mente lo que sugieren las manifestaciones y exteriorizaciones registradas a lo largo del tan traído y llevado XX Congreso del Partido Comunista ruso. Tal mutación la caracterizaba, aproximadamente, Eisenhower, del siguiente modo: el concepto de la “guerra fría” ha sufrido una innegable modificación, convirtiéndose en eco de un tipo más amplio de antagonismo que, por su cambio de rumbo, permite acaso deducir que han disminuído las posibilidades de una guerra, más o menos inmediata, entre los dos grandes antagonistas de la hora presente.

Si la anterior apreciación de Eisenhower no se estima recusable, consideramos que de la versión presidencial puede inducirse algo que no carece de relevancia y es lo siguiente: el concepto de la "guerra fría" ha sufrido una innegable alteración y tal modificación no es otra que la de convertir ese artilugio posbélico en un tipo de más amplio antagonismo, que por haber sido dilatado, espacial y tácticamente, permite abrigar la esperanza de que se han alejado visiblemente las posibilidades de guerra térmica.

Si dicha apreciación de Eisenhower resulta afortunada, consideramos que la versión presidencial puede constituir punto de apoyo para inducir algo que no carece de relevancia, a saber, que siendo la "guerra fría" un concepto no trascendente, sino sujeto a la influencia del episodismo y de las alteraciones registradas en la dinámica política internacional, la sedicente "guerra fría" no constituirá otra cosa que un fenómeno generado por el afán de adaptarse a las posibilidades posbélicas, inclinación de acoplamiento especialmente registrada en las reacciones del mundo soviético. Eisenhower, sin duda presintiendo que en los anteriores conceptos va implícita una indeseable imprecisión, intentó superar esa mácula indeterminante y se aventuró a ofrecer lo que aspira a ser definición de la "guerra fría", en los siguientes términos: existe en el mundo posbélico una paz incómoda, que, con frecuencia, se califica de "guerra fría". Esta definición no la estimamos, ni mucho menos, desdeñable y ello no tanto por considerarla afortunada, sino más bien, por lo que puede sugerir, como reparo y posibilidad aclaratoria, la precedente definición.

Eisenhower, tal vez sin darse cuenta de ello, no hizo otra cosa que coincidir con aquella apreciación de Trotzky, cuando este revolucionario ruso aludía a lo que él consideraba como no-guerra, refiriéndose a esos períodos que subsiguen a una contienda, con el complemento de un tratado de paz, cuyas cláusulas merecen una dispar apreciación, por parte de los vencidos y de los vencedores; los segundos, obcecados con la idea de prorrogar indefinidamente la vigencia de unas cláusulas pseudo-contractuales, sin pararse a inquirir si tales estipulaciones son justas; los primeros, considerando que las estipulaciones incluídas en un sedicente tratado de paz, no tienen carácter de tales, ya que donde existe un vencedor destacado y un derrotado evidente, no puede generarse tratado—en el sentido de avenencia, alcanzada en diálogos entablados en un visible pie de igualdad—, sino dictado en la significación de algo

que se impone a la sombra de la victoria. Así resulta que con arreglo al criterio de Trotzky se genera lo que Eisenhower califica de "paz incómoda". Acaso la cita del Presidente norteamericano fuese preferible reemplazarla por la siguiente: paz inestable.

Claro está que entre esas dos realidades posbélicas a que se referían Trotzky y Eisenhower, la que arranca de 1919 y llega, más o menos alterada, hasta 1939 y aquella que se inicia en 1945 y aún tiene vigencia en los instantes presentes, media una diferencia que tiene mucho de substancial. En 1919 existía un tratado de paz, estipulada, consentida y articulada; en esta década posbélica no ha sido posible concluir una paz contractual. En 1919, existía un tratado de paz, reflejo de un "statu quo" que se consideraba como punto de arranque; en 1956, nos encontramos con un "statu quo" fáctico y, en gran parte, fruto de hechos consumados por vía unilateral; en el primer supuesto, nos situábamos ante el problema, practicable, de la revisión de unos preceptos contractuales, para cuya tarea contábamos con un elemento de posible utilización (el artículo 19 del Pacto de la Sociedad de las Naciones). Ahora, el mundo occidental se encuentra ante el difícil trance de una consumación de hechos, que han implicado la pérdida de la libertad ciudadana y de la independencia política, de una serie de naciones, sometidas hoy a los efectos siniestros de la satelización. Rusia ha extendido así la acción de su poder hegemónico, acudiendo a medios drásticos, ya que de tales pueden calificarse las reiteradas instalaciones de Gobiernos *ad hoc* (sin perjuicio de "suprimir" después a sus titulares). Gobiernos instalados a la sombra de una ocupación militar, y es de presumir que una nación que alcanzó esa finalidad por la violencia, sólo por la violencia consentirá en verse reintegrada a sus fronteras del mes de agosto de 1939. Así esa "paz incómoda" a que aludiera Eisenhower, tendría más bien la condición de una sedicente paz dramática, pluralmente dramática, tanto para el beneficiario de esta situación fáctica (que tarde o temprano habrá de verse privado de esos frutos de su imperialismo posbélico), cuanto para los Estados Unidos, ligados dialécticamente y firmemente, a la tesis de la imprescindible liberación de los pueblos satelizados.

Aparte lo consignado, al menos desde que constituye realidad la vigencia del sistema del equilibrio político, toda paz ha revestido incuestionablemente la condición de incómoda, y síntomas específicos de tal desasosiego nos lo deparan las coaliciones, fenómeno específico del siglo XIX. La propia "paz armada" (la más dilatada de las experiencias de los tiempos modernos, ya que va de 1871 a 1914, sin registrar la evi-

dencia de una guerra generalizada) no ha sido, en esencia, más que una paz incómoda, incomodidad llevadera por la circunstancia de que a lo largo de esos cuarenta y tres años de historia, no solamente era la auténtica Europa la que hacía frente a los problemas específicos del viejo mundo, sino porque su política internacional alcanzaba proporciones cósmicas y directrices a la vez. Ahora la situación es muy otra, ya que la paz inestable (o la paz incómoda de que nos habla Eisenhower) no es como antaño, fruto posible de un sistema compensatriz, facilitado por las instalaciones de coaliciones, en visible situación de equilibrio. Actualmente se ofrece la circunstancia relevante siguiente: aquellos protagonistas destacados del período de la "paz armada" (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia) han pasado a segundo término y ese desplazamiento posbélico dejó un vacío, colmado por la presencia y preeminencia rusa y norteamericana. De lo cual se induce que, acaso por ver primera en el dilatado curso de un proceso histórico, Europa—por lo menos la Europa occidental—ha visto desaparecer de su alcance todos aquellos elementos, cuya manipulación permitía retener en sus manos la tarea de trazar su propio destino.

Todo lo que antecede nos hace suponer que no fué preciso llegar a este período posbélico, para consignar la consecuencia que Eisenhower registra, proclamando que nos encontramos ante la experiencia de una paz incómoda. La paz siempre ha sido incómoda y lo único que puede decirse respecto de la definición de la "guerra fría", que Eisenhower nos brinda, es que la incomodidad inherente a este período posbélico, se ha acentuado de manera peligrosa.

Coincidiendo temporalmente con las manifestaciones de Eisenhower, se nos ofrecían otras, brindadas por el embajador británico en Washington, Roger Makins, cuando decía: "El mundo occidental, habrá de ajustarse a un largo período de coexistencia con Rusia". De esa afirmación básica, parece adecuado deducir las siguientes consecuencias: 1.ª, como la coexistencia (aun cuando condicionada e inevitablemente beneficiosa para Rusia) no puede generarse, mas que considerando diferible un temido epílogo posbélico, ello se traduce en la siguiente deducción: será preciso, como dice el embajador británico, ajustarse a esa nueva realidad; 2.ª, como la sedicente coexistencia supone la aceptación implícita del "statu quo" fáctico (que constituye el fruto específico de este período posbélico), resultará que ese nuevo y predicho período de paz inestable, se ajustará a lo que han sido, por lo menos hasta el presente, iniciativas rusas, deducción ésta de innegable trascendencia, ya

que de ser acertada, resultará que, substancialmente, no se habrá alterado la política, meramente reactiva e indefectiblemente replicante, pactada por el mundo libre; 3.º, Rusia quiere lanzar una ofensiva de prominente amplitud y de prolongable vigencia, esta vez disimulada bajo la imagen de una acción de índole económica, de tipo más sutil que las ideadas por Stalin—como lo hace notar míster Makins—y como tal, más acentuadamente peligrosa. Esa ofensiva de tipo económico—que no se limita a los continentes africano y asiático, como asevera Makins, ya que se extiende en sus propósitos hasta el Hemisferio Occidental—obligará al mundo libre a proceder a un reajuste de sus instrumentos defensivos, trance comprometido y simbólicamente revelador, porque significa, sencillamente, que, una vez más, carente el mundo libre de la necesaria capacidad creadora y defensiva, habrá de atenerse con notoria reincidencia, a la práctica de un sistema reactivo, bailando sumisamente al son de la balalaica rusa; esa danza y ese acompañamiento musical duraría verosímilmente—y no otra cosa cabe deducir de las apreciaciones de Makins—hasta que llegase a ser realidad posible, el establecimiento de una comunidad mundial, más que de tipo comunista, de la índole de un comunismo, previamente rusificado. Sería entonces adecuado suponer que esa danza a que constreñiría al mundo occidental su falta de imaginación y su carencia de iniciativas, constituiría la auténtica danza macabra.

No es nuestro propósito mencionar aquí todas las definiciones que de la “guerra fría” nos han sido ofrecidas, ya que no abrigamos el designio de agotar el problema. Pero, aun así limitada nuestra ambición, consideramos inadecuado silenciar una versión: la de G. L. Arnold (*The Pattern of World conflict*. Te Dial Press. New York, 1955). Según Arnold, la “guerra fría” no constituye fruto específico del mundo posbélico, en el sentido de que puede elevarse a elemento determinante del mismo. Representa más bien el eco de una serie de circunstancias fácticas, que hicieron posible su aparición, no como siembra, sino en cuanto fruto. He aquí cuáles han sido esas premisas: ocaso del sistema internacional, rotulado con el apelativo de “paz británica”, reemplazado por otro período, ahora en fase inicial, que es la “paz americana”. Para Arnold, el ocaso del sistema del equilibrio político (que no a otra cosa equivale, en definitiva, la denominada “paz británica”), se registró en 1945; producido tal vacío, ello se transformó en elemento de atracción para instalar en el hueco la “guerra fría”, perceptible en el período comprendido entre los años de 1945 y 1949. En 1949, una plural realidad,

posibilitó, no la reaparición del sistema del equilibrio político (probablemente de imposible reedición), pero sí la atenuación del desequilibrio, hasta entonces perceptible y vigente; aludimos a la firma de Pacto del Atlántico Norte y a la explosión de la primera bomba H., en Rusia. Precisamente ese elemento de atenuación constituye incentivo explicables para quienes temían no prorrogar, intacta, su hegemonía; de ahí una consecuencia: el ansia de primacía se exterioriza, visiblemente acentuada, a partir de 1949.

Al servicio de tal inclinación hegemónica se manipula el artificio de la "guerra fría", que, en esencia, no es otra cosa que un designio encaminado a alterar—en beneficio de Rusia—la actual distribución de la suma de poder sobre la tierra, logrando esa mutación, sin recurrir a las armas, por lo menos en la forma de una guerra generalizada.

Si tal diagnóstico es afortunado, la consecuencia a colegir no carece de relevancia y podría enunciarse del siguiente modo: no se considera imprescindible recurrir al empleo de la fuerza en gran escala—como sería el caso de una guerra generalizada—y por ello se opta por la adopción de medios, no portadores de inmediata y evidente peligrosidad. Es así como se explica que las exteriorizaciones castrenses de la "guerra fría" se registren mediante la técnica de los conflictos armados, topográficamente limitados, y respecto de los cuales, quien los lanza especula, atendido a su inextensibilidad presunta. No es otro el sistema de los denominados absesos de fijación, puestos en práctica, tanto en Corea como en Indochina. Esto en cuanto al procedimiento.

En lo que afecta a los designios que animan a los patrocinadores de "la guerra fría", cree Arnold, que, a largo plazo, la "guerra fría" no es otra cosa que una pugna, librada con el objetivo de perfilar la futura sociedad, con arreglo a un predeterminado epílogo; ese alumbramiento de un sedicente mundo nuevo, se considera como fruto inevitable de la huella que la técnica posbélica deja sobre países, que, en los tiempos modernos, no ocupaban una posición preferente en el proceso histórico y cuya organización tradicional había sido destrozada por el liberalismo.

Naturalmente que tal proceso, por mucho que se pretenda lograr su aceleración, no es posible considerarlo como epílogo de inmediato alcance, ya que el pasar de una zona penumbrosa y frecuentemente ineludible en el mundo, supeditado a un plano prominente, no es tarea que pueda abreviarse a voluntad de quienes aspiran a ver convertida en realidad esa alteración del mundo posbélico. Esas sociedades, afectadas hoy por el impacto de la técnica, demográficamente representan una pobla-

ción de ochocientos millones de almas, que algún día han de ser algo más que un mero factor específicamente numérico y como tal maleable, para convertirse en población actuante y cada vez más próxima a la etapa de su protagonismo.

Con la "guerra fría", a lo que aspira es a desligar esas sociedades, hoy renacientes e inquietas a la vez, de la esfera de acción del mundo occidental, provocando una secesión que, caso de consumarse, plantearía a los denominados países capitalistas y al llamado genéricamente mundo libre, un problema que pudiera ser de vida o muerte. La citada secesión, que constituye el designio específico e inmediato de los manipuladores de la "guerra fría", no constituiría más que la etapa próxima, pero en modo alguno definitiva, ya que, en última instancia, restaría por decidir si tras ese apartamiento respecto del mundo occidental, las naciones alejadas optaban por intentar la articulación de una tercera fuerza, al margen de la pugna potencial Washington-Moscú, o, por el contrario, preferirían adscribirse al monolito ruso, no para someterse, sumisa e incondicionalmente a este último, sino para retirar provecho de la cooperación brindada por Rusia. Uno u otro epílogo dependería de si dominaba en esos países el nacionalismo y esta propensión (aun cuando ello pudiera parecer paradójico), se hermanaba o no, con una tendencia totalitaria, más que deseaba por motivos políticos, considerada como elemento apto para atender al ansia de rápida transformación, anhelo que se aprecia visiblemente en esos pueblos, ayer relegados y hoy situados, a impulsos de las alteraciones engendradas por la posguerra, en una posición tal, que les permitiría reemplazar su marginalismo de ayer, por un protagonismo, a cuya captación aspiran con insistencia, fácilmente perceptible. Otra inclinación, que el comunismo rusificado podría explotar en esos países, es el mesianismo que, en esencia, no constituirá otra cosa que un medio de desentenderse de las influencias de Occidente, reemplazando un mimetismo de ayer, por lo xenofobia, hoy imperante en algunos sectores de ese mundo, ayer relegado y supeditado y hoy en situación de perceptible efervescencia.

A las anteriores consideraciones parece adecuado agregar otra apreciación, a la cual se refiere Arnold en el citado libro, ya que un país en trance de período revolucionario, que se quiere practicar a medio de marchas forzadas, presiente que sus anhelos de pronta y substancial transformación, no puede alcanzarse a ritmo lento o mediante sistemas de tipo democrático, sino practicando lo que se denomina "revolución

desde arriba", impuesta por una decidida minoría, como fuera el caso de la experiencia rusa en los años de 1918 y siguientes. Arnold se pregunta si cabe deducir como consecuencia, que el Occidente nada tiene que hacer en la lucha por la captación de esos Estados, nacientes o renacientes. Arnold considera que Occidente puede ganar la batalla en curso de desarrollo, si es capaz de resolver, con sus propios métodos, los problemas sociales de ese mundo inquieto y cambiante. Considera Arnold que el mundo occidental ha tenido a su alcance medio adecuado para evitar que los problemas llegasen a adquirir su actual fase de gravedad, si en el período de la pre-guerra, practicando una planificación moderada, se situase en condiciones de controlar la crisis, ya entonces iniciada. Pero el Occidente, en ese período prebélico—piensa Arnold—no se dió cuenta de lo que implicaba la lucha entablada entre la economía liberal—sorprendentemente apuntalada por los socialistas—y los llamados proteccionismos imperialistas; esa pugna, entablada en tales condiciones, malogró la coyuntura.

La política planificada, que Rusia exportó a otras latitudes (incluso a países que hacían profesión de fe anticomunista), en realidad incluía en sus amplias ambiciones a todos los pueblos animados de una especie de anticipacionismo a largo plazo, ya que en la planificación se encontraba un artilugio, para justificar, aparentemente, un sistema político, respecto del cual no se permitían críticas, mientras el plano se encontraba en período de desarrollo, ya que se exigía de los países donde la planificación imperaba, un alto en el camino de las disensiones y de las críticas. Al propio tiempo se quería encontrar un pretexto para exigir sacrificios de la masa, ofreciendo a los sacrificados por el purgatorio de la planificación, la promesa de una especie de paraíso, cuando, a largo plazo, se incrementase el ritmo, conducente a la realización de lo que se decía prestablecido de modo orgánico, y si, como dice Eisenhower, la "guerra fría" es la portadora del sistema de la paz incómoda, la planificación y el mesianismo, coaligados, portan en sus entrañas la técnica del sacrificio exigido sin réplica, ni disentimiento. Por ello, asevera Arnold, que el nacionalismo embarcado en la aventura de una revolución decisiva, presiente que el único sistema adecuado para llevar a cabo esa revolución, es el representado por un Estado, dotado de todos los recursos de poder imaginables, un Estado totalitario, que, por serlo, no puede dejarse llevar por un interés clasista.

Acaso el lector de estos CUADERNOS pueda considerar pertinente el deducir, del anterior examen, una consecuencia, que no resultaría ser

desdeñable: que la "guerra fría" no constituye un instrumento susceptible de encauzar a quien la practica, por las sinuosidades y el panorama complejo del mundo posbélico, sino que es una de tantas posiciones polémicas o reacciones ocasionales, practicadas por los que no logran percibir que viven una pura ilusión, si llegan a creer que pueden modelar al mundo a su imagen y semejanza, cuando lo que parece innegable es lo siguiente: el hombre, por lo menos en este período posbélico, no ha logrado dominar, ni siquiera columbrar, los acontecimientos y que a un lado y al otro del telón de acero, se marcha un poco al azar, siendo eco innegable de esa falta de capacidad para entrever lo que está generándose en el mundo, cuanto se viene registrando en Rusia, desde que se ha iniciado en la U. R. S. S. ese período de visible crisis política—interna e internacional—, que arranca de la desaparición de Stalin, en 1953. La precedente afirmación nos sitúa ante un problema, acaso el más trascendente de cuantos tenemos planteados hoy en el campo de la política internacional: determinar cuáles son las causas de esas rectificaciones rusas, posteriores a 1953; si arrancan, como algunos suponen, de un evidente fortalecimiento del mundo occidental o si provienen, como nosotros sospechamos, de un proceso de crisis, abierto en el seno de Rusia, proceso plural, ya que no sólo afecta a la estructura del régimen imperante en Rusia, sino a una visible desorientación de la U. R. S. S. cuando se ve obligada a tomar posición cierta, respecto de los problemas internacionales que la contornan y de cuya proyección es inútil intentar cuanto signifique afán de evasión.

Si estamos, como asevera Eisenhower, iniciando un período histórico, caracterizado por la evidencia de que vivimos una paz incómoda, debe tenerse en cuenta que tal incomodidad afecta por igual al mundo libre y al satelitizado, incluso pudiera decirse que más al segundo que al primero, ya que aquél vivió resignado desde 1945, practicando una política internacional replicante, en tanto éste, avezado a lo que consideraba como incompartido protagonismo, ahora sospecha que algo se le va de las manos y no puede predecir cómo habrá de acoplarse a esas nuevas realidades. Es una deducción que deben tener muy presente cuantos, sin pasión, sin pausa y sin prisa, quieren encarar serenamente ese fenómeno de la paz incómoda, que mencionara el Presidente Eisenhower.

Camilo BARCIA TRELLES

